

tártaros; pues desea que los tártaros y los cristianos sean amigos y vivan como hermanos. Desea á más que la ilustre nacion de los tártaros sea tan grande en el cielo y en la eternidad como lo es sobre la tierra; mas se admira que hayan hecho perecer á tantos húngaros, móravos y polacos que son cristianos y que no les habian ofendido. Dios está muy irritado de estas violencias, y por eso exhorta al arrepentimiento y á que se abstengan de ellas en lo sucesivo. Les ruega además que le hagan saber lo que pretenden y lo que quieren hacer en lo venidero.

Los guardias condujeron inmediatamente los misioneros á su gefe, que se llamaba Corenza, y guardaba el curso del Nieper del lado de la Rusia con un cuerpo de sesenta mil hombres. Fueron recibidos con mucha altivez, y no se les dió audiencia sino de rodillas, en presencia de este oficial y de todos los grandes que él habia reunido. No dejó de darles caballos y tres tártaros para conducirlos con presteza á Batou-can, acampado sobre el Volga, y el mas poderoso de los príncipes tártaros despues del emperador. Pusiéronse en camino el 29 de febrero, y aunque anduvieron muy aprisa, no pudieron llégar hasta 4 de abril, que era el miércoles de la Semana Santa. Es indecible lo que tuvieron que sufrir en el camino, durante una Cuaresma en que no tuvieron otro alimento que mijo, ni otra bebida que nieve derretida. Aun fueron mayores las ceremonias para la audiencia de Batou que para la de Corenza: las cartas del Papa fueron traducidas en tártaro y presentadas á este segundo general, que las leyó con mucha atencion, luego hizo decir á los misioneros que irian al emperador Caiouc.

A pesar de la estenuacion á que los habian reducido los ayunos y fatigas, marcharon aceleradamente bajo la direccion de dos tártaros, mudando de caballos cuatro ó

cinco veces al dia, desde la octava de Pascua 15 de abril, hasta el 22 de julio. En el espacio de este largo viage vieron una infinidad de ciudades y fortalezas arruinadas, inmensas campiñas sembradas de cabezas y de miembros humanos, y á cada paso crecidos montones de cadáveres, horribles monumentos de las victorias y de la barbarie de esta nacion.

Viéronse obligados á esperar un mes para tener audiencia de Caiouc-can; pues no era aun electo emperador, aunque ya hacia un año que habia muerto su padre Octai, hijo de Genghiscan, designándole por sucesor, designacion que no privaba á esta nacion guerrera del derecho de elegirse un soberano, pues se preciaba de no reconocer á nadie como tal sino en consideracion á su mérito. Durante esta larga dilacion, precisa para reunir la asamblea general de una nacion innumerable, Tourakina, madre de Caiouc-can, estuvo encargada de la regencia. Era bastante favorable á los cristianos, pues se creia que ella misma era cristiana é hija del Preste Juan. Caiouc envió los frailes menores á esta princesa al lugar donde se celebraba la asamblea general y donde esperaron el tiempo de la eleccion. Por otra parte, de los dos principales atabecs ó ministros, el uno que se llamaba Cadac, era cristiano ya bautizado; y Chincai, que era el otro, sin haber recibido el bautismo no le cedia en benevolencia para con los fieles: ambos se esmeraban en conciliarles la del emperador; trataban con honor á los obispos y á los sacerdotes, y mostraban aprecio de los pueblos cristianos, particularmente de los francos.

Reconocido Caiouc por emperador, fué señalado para su exaltacion al trono el dia de la Asuncion de la Virgen. Hizola diferir un granizo extraordinario que sobrevino; mas se efectuó en fin el dia de San Bartolomé, 24 de agosto. Compareció en público

sobre el trono; todos se presentaron á doblar la rodilla en su presencia, á escepcion de los misioneros, con quienes tuvieron la atencion de no obligarlos á esto por no ser súbditos suyos. El nuevo emperador era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de mediana talla, de aspecto grave y de un aire reflexivo que justificaba la reputacion de prudencia y talento de que disfrutaba. Afirmaron los cristianos de su corte que debia abrazar el cristianismo; y tenia ya cerca de su persona eclesiásticos, los mantenía á sus espensas, y habia delante de su tienda de honor una capilla donde cantaban públicamente el oficio divino y hacian la señal para asistir á él, lo cual no permitian los otros gefes de los tártaros. No reinó este príncipe tres años enteros. Su sobrino y su sucesor Mangou-can fué aun mas favorable á los cristianos, y en su reinado un número considerable de tártaros abrazaron la fé; mas parece que solo tuvieron de cristianos el nombre y la apariencia y que apenas distinguieron la verdadera Religion de las falsas. No supieron en adelante preservarse del contagio del mahometismo en Asia: con todo, mostraron por espacio de mucho tiempo un fondo de afecto, ó mucha menor aversion al cristianismo que las demas naciones musulmanas.

En cuanto á Caiouc-can, siguiendo la órden reputada por divina de Genghis-can, fundador del imperio, en la asamblea misma donde habia sido entronizado, hizo la ceremonia de la bandera, que consistia en levantar un gran estandarte hácia el Occidente, tremolándolo, y amenazando á estas regiones con el fuego y el hierro, si con toda la tierra no se sometiesen á él; pero ya fuera miramiento ó política, no quiso que los enviados del Papa tomáran conocimiento de esta ceremonia. En el mismo dia en que fué colocado sobre el trono los admitió entre el pequeño número de aque-

llos que fueron introducidos ante él. Despues los detuvo aun mas de un mes; y esta onerosa distincion les hizo sufrir mucha hambre. Les daban como á los tártaros, que se saciaban para cuatro dias, unas provisiones que no podian guardar, dejándolos en los postreros dias sin alimento que pudiera comerse. Por último, el emperador les dió su despedida, con cartas escritas en árabe para el Papa. Propuso tambien enviarle embajadores, lo que parece no desearon los misioneros, pues de semejante visita temian mucho mas que esperaban. Recelaban que instruidos los tártaros de las divisiones que reinaban en el imperio cristiano viniesen á ser mas atrevidos para invadirle. Así es que los enviados del Papa partieron el 13 de noviembre acompañados solo de algunos guias, y no llegaron á tierra de cristianos hasta el mes de junio de 1247 (1).

Por otra parte Inocencio IV envió por el mismo tiempo frailes predicadores á los mogoles, mandados en el Oriente de la Persia por Boiothnoi. Fueron muy mal recibidos de este bárbaro soberbio, á pesar de estar enteramente subordinado á Caiouc-Can. La sencilla propuesta que le hicieron de hacerse cristiano, por pocos les cuesta la vida. Estaban ya condenados á muerte, y gracias á las representaciones de una de las mugeres del violento tártaro, revocó sus órdenes, por el temor que ella le inspiró de escitar contra él á todas las naciones cristianas; pues cuanto los tártaros despreciaban á los sarracenos y á todas las naciones infieles, otro tanto temian á los adoradores de Jesucristo. Súpose despues por otros embajadores tártaros llegados á Chipre, encontrándose allí San Luis, que Boiothnoi, llamado tambien Batou, tenia musulmanes por con-

(1) Fleury, t. 12, p. 374 etc.

sejeros, si es que puede darse crédito á estos pretendidos embajadores del kan Ercalthai, en cuyo nombre se presentaron y de quien ya no se oyó hablar en lo sucesivo.

Sin embargo, hallábase cerca de San Luis, cuando recibió esta embajada, un fraile predicador llamado Andrés de Longjumeau, que conocía á su gefe, cuyo nombre era David, por haberle visto en el numeroso ejército de los tártaros, donde él había estado de parte del Papa con otros dominicos (1). El rey de Chipre y el conde de Joppe entregaron al santo rey una carta del condestable de Armenia que les había sido dirigida, y que confirmaba la noticia de la buena disposición de los tártaros. El mismo condestable había sido enviado á su Gran Kan, ó emperador, y contaba acerca de su cristianismo las particularidades más capaces de interesar la piedad. Decía que en la vasta extensión de su imperio había grandes naciones enteramente cristianas; que en la parte de las Indias, convertida por el Apóstol Santo Tomás, un rey cristiano auxiliado de los tártaros se había hecho superior á todos los sarracenos, de quienes antes sufría mucho aquel príncipe: que en el país que él llama Tangath, y que parece ser el reino del Preste Juan, todos los pueblos profesaban el cristianismo y que de ellos le habían recibido los tártaros. Añadió el armenio, que él mismo había entrado en sus iglesias y visto en ellas pinturas de nuestros santos misterios, en particular de la adoración de los Reyes Magos, que decía haber salido de aquel país en busca del pesebre de Belén: que los mismos tártaros tenían iglesias y campanas para anunciar los oficios, y que cualquiera que llegase á sus príncipes, ya fuese musulmán ó cristiano, estaba obligado de grado ó por

(1) Duchesn. pag. 347.

fuerza á ir al punto á la iglesia á adorar á Jesucristo. Habla de otras muchas cristianidades esparcidas en Asia, y de restos magníficos de muchas iglesias arruinadas por los mahometanos, contra los cuales el Kan de los tártaros tomaba siempre la defensa de los fieles (1).

Aunque asegurado Luis de todas estas particularidades por un hombre tan distinguido y testigo de vista de la mayor parte de estos hechos, para no omitir nada de todas las precauciones de la prudencia, quiso igualmente interrogar á los enviados de Ercalthai en presencia de su consejo y de los prelados más sabios. Todas sus respuestas fueron conformes á esta relación, y añadieron que el sultán de Mosul, distante de su patria solo dos jornadas de camino, era hijo de un cristiano; que amaba á estos con sinceridad, aunque él no lo era aun; que observaba sus fiestas, y no seguía en cosa alguna la ley de Mahoma, y que estaba dispuesto á abrazar el cristianismo á la primera ocasión favorable. Por último, advirtieron al santo rey, que los tártaros se proponían sitiar en el verano próximo al califa en Bagdad, y le suplicaron que acometiese al Egipto con intento de que este gefe de la religión musulmana no pudiera sacar de allí socorro alguno.

Dióles Luis tres frailes predicadores para que los acompañaran en su vuelta, y partieron juntos el 27 de enero de este año de 1249 con cartas y presentes, tanto para Ercalthai como para el Gran Kan de los tártaros. Los enviados y los religiosos tardaron un año en llegar al sitio donde residía el Kan, desde Antioquia donde tomaron tierra. Había muerto Caioue en este intervalo; y su sucesor Mangou, cuya elección vieron aun los frailes predicadores, los recibió con honor y dió muestras de amar mucho á los

(1) Tom. 7. Spicil. pag. 217.

cristianos. San Luis, al recibir estas noticias, escribió al Papa diciéndole que muchos tártaros habían recibido el bautismo, y que estos numerosos pueblos solo esperaban apóstoles caritativos que les dieran la mano para salir de las tinieblas de la infidelidad (1). Algunos años después hizo marchar también para la Tartaria á un fraile menor, llamado Guillermo de Rubruquis, cuya relación nada interesante añade á las precedentes. Sin embargo, no se sabe que los votos y solicitudes del santo rey tuvieran grandes resultados.

No obstante, gozoso de que su designio sobre el Egipto estuviera acorde con el de los tártaros, partió de Chipre el día de la Ascension, 13 de mayo, y llegó el 4 de junio á vista de Damietta. Apenas llegó á descubrir la ciudad, dijo á los señores que le acompañaban (2): «Amigos míos, este es el momento de señalar nuestra fé y nuestro valor. Nada temamos: todo suceso nos será ventajoso. Si morimos, somos mártires; si alcanzamos victoria, el nombre francés y el nombre cristiano, y el Dios que adoramos será ensalzado. No tengáis consideración alguna á mi persona: yo no soy más que un hombre cuya vida extinguirá el Señor con un soplo, cuando fuere su voluntad, lo mismo que la de otro cualquiera. La multitud es la que forma el imperio y la Iglesia; pero estad ciertos que el que dispone de todo no me ha conducido en vano hasta aquí.» Luis se hallaba entonces en la edad de treinta y cinco años; tenía los cabellos rubios, la barba rasa según el estilo del tiempo, el aspecto naturalmente dulce y agradable, pero terrible cuando estaba armado, y de un talle tan ventajoso que toda su cabeza parecía sobresalir entre las fi-

(1) Ap. Rain. 1253, n. 49.

(2) Matth. Par. additam. pag. 1090.

las (1). Se arrojó á la mar con sable en mano, seguido de los príncipes, de los caballeros y de todos los soldados, los que se precipitaron á competencia siguiendo sus huellas, llegándoles el agua hasta los hombros. Los infieles, después de haber disparado sus tiros á la ventura, buscaron la seguridad en la fuga. Saltan á tierra los cristianos, enarbolan el oriflama sobre la ribera, y todo el ejército prorrumpe en gritos de alegría y de triunfo. En la noche siguiente abandonaron los enemigos la ciudad, y para colmo de felicidad el conde de Poitiers, que el rey su hermano había dejado por algun tiempo en Francia, llegó á esta sazón con nuevas tropas.

Detuviéronse unos cinco meses en Damietta, no tanto para descansar, como por dejar pasar las inundaciones del Nilo; pero la abundancia y la ociosidad produjeron en las tropas desórdenes y licencia. Luis, siguiendo el consejo de algunos señores y particularmente del conde de Artois, príncipe joven, tan impetuoso como irrepreensible en sus costumbres, el cual exclamó: *el que quiera matar la serpiente la debe quebrantar la cabeza*, se determinaron al ataque del gran Cairo, capital de todo el Egipto. Para esto partieron el 20 de noviembre con los ejércitos de mar y tierra en número de sesenta mil hombres. Supieron en el camino la muerte del sultán Melic-Salem; mas dejaba gefes hábiles y llenos de valor para dirigir la guerra, en tanto que volvía de la Siria Moadan, su hijo y sucesor. Facardin, general en gefe, seguido de tropas ejercitadas por espacio de ciento y cincuenta años contra los ejércitos cristianos, se puso á flanquear á los franceses, de los cuales solo estaba separado por el brazo del Nilo, que llamaban el río Tanis. En el camino que conduce de Damietta al Cairo había una

(1) Joinv. p. 43.

ciudad que tenia por nombre, desde entonces tan funesto, Massoura, y estaba situada al otro lado de este rio ó canal. Los franceses, habiendo llegado á aquel punto algunos dias antes de Navidad, trabajaron hasta el 8 de febrero (1250) con poco efecto, en hacer un puente ó malecon para pasarle. En fin, guiados de un árabe beduino, hallaron un vado, fueron á sorprender á Facardin en su mismo campo, le mataron mucha gente, y él quedó tambien en el número de los muertos (1).

Escitado el conde de Artois de su impetuosidad ordinaria, quiso apoderarse inmediatamente de Massoura, cuyas puertas veia abiertas. El maestro del Temple, que el rey habia colocado en la vanguardia con encargo de moderar el ardor del conde, hizo presente su recelo de que no fuese este un lazo tendido á un puñado de gentes que en breve se verian agoviados por la multitud. Roberto solo contestó con repulsas injuriosas y voló al alcance de los fugitivos. Temieron los caballeros parecer cobardes, y franceses y sarracenos todos entraron mezclados y atropelladamente en la plaza. Mas advirtiendo los infieles el pequeño número de cristianos, y viéndose auxiliados de los habitantes que de lo alto de las casas descargaban flechas al enemigo, hicieron la mas vigorosa resistencia. Bandochar, gefe no menos hábil que Facardin, á quien habia sucedido, y que se elevó mas adelante á la dignidad de sultan, envió un grueso cuerpo de tropas al encuentro del rey para impedirle que socorriera al conde su hermano. Cercó con el resto de sus fuerzas al infeliz conde, quien despues de haber hecho prodigios de valor, cayó sobre un monton de infieles, del cual se habia hecho como una especie de muralla. El conde de Sarisberi, el conde de Couci,

(1) Joinv. passim.

mas de trescientos caballeros de su comitiva y doscientos del Temple ó del Hospital, murieron en este lance. Tan caras vendieron sus vidas, que su pérdida, á ser reparable, hubiera sido una victoria.

Mas los mismos triunfos arruinaban á los cruzados. Estos dispararon el cuerpo de tropas opuesto al rey, que se señaló personalmente con unos golpes de fuerza y de valor casi increíbles. Por sí solo derribó á sus pies á seis sarracenos determinados que se habian concertado para prenderle. La noche separó los combatientes, é hizo abandonar á los franceses el campo de batalla, ó mejor diremos el teatro horrible de la muerte y de la carnicería. Al dia siguiente, nuevo ataque, nuevos prodigios de valor, igual constancia y triunfo de parte de los franceses: es decir, que cubriéndose de gloria, destruian su ejército. La dificultad de procurarse víveres en un pais ocupado por un gran rio y por una multitud innumerable de canales, en medio de una inmensidad de enemigos; los nuevos esfuerzos de estos, animados con la llegada del sultán Moadan; la infeccion de los cadáveres que cegaban los canales y se aciaban en varias partes de una á otra orilla, y las enfermedades pestilenciales que se originaron, redujeron en breve el ejército cristiano al estado mas deplorable. Vinieron á las negociaciones, cuya lentitud dió margen á que el contagio arruinara el ejército; y por fin, tomaron la resolucion, tardia ya, de volver á Damietta.

En su marcha los cargaron los infieles el 5 de abril con todas sus fuerzas reunidas, las cuales no dejaron de experimentar una gran resistencia, no obstante el pequeño número de franceses que estaban en estado de pelear. El rey que se hallaba enfermo, y tan débil que apenas podia dar las órdenes, permitió renovar la negociacion; pero la mala inteligencia de un heraldo hizo tomar su proposicion por una orden de bajar las

armas. Vióse en un momento cercado de bárbaros que se apoderaron de su persona y de sus dos hermanos los condes de Poitiers y de Anjou. El legado se salvó por el Nilo en Damietta, á donde llevó estas tristes nuevas á la reina. El rey fué conducido y encerrado en Massoura, donde sin embargo el sultán que supo el apuro á que se hallaba reducido por la fiebre y la disenteria, le envió médicos que le curaron en cuatro dias. Por su parte los sarracenos le llevaron como un presente el mas agradable, su breviario y su misal, que cogieron con el resto del botin. Durante su detencion no dejó de rezar el oficio cada dia á las horas ordinarias, y de satisfacer á todos los deberes de la Religion en presencia de los infieles, á quienes confundia con su piedad. No se cansaban de admirar sus virtudes, su grandeza de alma, su paciencia en sufrir las incomodidades de una prision rigurosa, que duró un mes entero, y su igualdad de ánimo, no menos que su firmeza en rechazar las proposiciones que no juzgaba razonables. «Nosotros, le decian, te tenemos cautivo, y tú nos tratas como si nos hallásemos en tus cadenas.» Los emires mirándose unos á otros decian que era el cristiano mas orgulloso de cuantos jamás habian visto.

Habiéndole hecho pedir el sultan con amenazas la entrega, no solo de Damietta, sino tambien de todas las plazas que aún tenían los cristianos en Palestina, consintió por lo tocante á Damietta, respecto á que no estaba en disposicion de defenderse: mas en cuanto á las plazas de la Tierra Santa, respondió que no le pertenecian, y que este artículo no tenia relacion alguna con él. Le amenazaron con los bernículos; esto es, con magullarle todos los huesos entre dos tablas; pero replicó con serenidad que él era su prisionero y que podian hacer de su persona lo que gustasen. Viéndole inaccesible al temor,

le hizo pedir el sultan, tanto por razon de su rescate como por los gastos de la guerra, la restitution de Damietta, y además un millón de besantes de oro, equivalente entonces á la suma de quinientas mil libras moneda de Francia, y que valdrian en el dia mas de siete millones. «Concedo gustoso, respondió, las quinientas mil libras por mis vasallos; pero es cosa indigna de mi persona ser puesto en libertad á precio de dinero; daré por ella la ciudad de Damietta.» A esta respuesta exclamó el sultan lleno de admiracion: «Por mi ley, el francés es tan grande en las cadenas como con las armas en la mano. Le perdono cien mil libras; no pagará mas que cuatrocientas mil.» El tratado fué concluido bajo de estas condiciones, y con obligacion además de entregar los prisioneros hechos en Egipto desde la llegada de los franceses, y en el reino de Jerusalem desde la tregua con el emperador Federico. Pero el sultan debia igualmente dar libertad á todos los cristianos cogidos desde esta época con Luis y todos los fieles hechos prisioneros desde su llegada á Egipto. Se les conservaban además todos los muebles que habian dejado en Damietta y se daba seguridad y libertad asi á los enfermos como á los que quedasen para sus negocios. Por lo demás, los cristianos de Palestina conservaban todas las posesiones que tenían antes de la llegada de Luis.

El sultan marchó luego á Damietta para tomar posesion de esta ciudad; pero en el camino fué asesinado por sus emires descontentos de que no hubiese tomado sus consejos para este tratado. En él acabó la estirpe del gran Saladino que venia reinando por espacio de ochenta y dos años. Entonces comenzó la dinastia de los mamelucos, esclavos turcos comprados á los tártaros y colocados en los empleos militares por los sultanes, que se figuraban que estos hombres sin antepasados y sin patria serian úni-